

ct

Rhonda

de

Jimena López y Macarena Trigo

(fragmento)

ESCENA 1. EL TERRITORIO

Rhonda está sentada en un banco poniéndose las vendas mientras entra el público. Tiene un bolso a su lado, asoman los guantes dentro.

ESCENA 2. LA GUARDIA

Suena la primera campanada. A público.

La guardia es la posición de lucha básica que tenés que adoptar si te estás defendiendo o si estás atacando. Es tuya, no hay reglas pero una posición inadecuada provoca ineficiencia en el combate. Hay que estar relajada, lo máximo. Los puños van a la altura de los ojos, los hombros en alto, mentón hacia el pecho. Agazapada. La cadera de frente a tu contrincante. Las piernas semiflexionadas, la pierna más fuerte retrasada. Zurdos la izquierda y diestros la derecha, hay excepciones. El talón levemente levantado. Nunca sacarle los ojos de encima a tu rival ni dejar de verle como una amenaza porque en el momento en que dejás de verle como una amenaza es cuando bajás la guardia y recibís una paliza.

ESCENA 3. GOLPE AL CORAZÓN

Cambio de luz. Habla con la bolsa de boxeo.

Vení, mi amor, vení. No tenés idea, no sabés nada vos, no sabés quién soy, lo que puedo hacerte. Inolvidable soy, vas a ver. Me vas a soñar. No te das cuenta ahora. Porque no me estás viendo, me mirás pero no me ves. No como yo te veo. Por adentro. Te veo cada huesito. Esos huesos, esos brazos... Te voy a partir en dos. O en tres. ¿Pensás que no puedo? ¿Que no te puedo? ¿Que no llego? Sí. mi amor, no sabés quién soy. Rompí narices, dedos, muñecas, brazos. Mirá si no voy a poder romperte el corazón. Vení, dale, bancá, quedate quietito ahí. Mirame. No, así no. Mirame bien, fijo, acá. ¿Viste? ¿Viste lo que soy? Estoy loca. Por vos. Completamente loca. Te quiero boxear el corazón. Así. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Quiero robarte el aliento. Dejarte sin aire. Te quiero atar contra las cuerdas de mi cama. Chuparte cada hueso. Sos un carozo hermoso. Todas te miran, guacho. Todas te miran pero ninguna te como yo. Mi amor, no sabés la que se te viene encima, ni idea tenés. Una lluvia de piñas, de patadas, un mordisco ahí, sí, justo ahí. Vas a pasear la marca de mis dientes una semana. Te van a joder en la con el nuevo tatuaje, pibe. ¿Qué te hiciste, ahí? ¿Quién te hizo? Te vas a poner coloradito pronunciando mi nombre, van a querer cogerme todos pero yo solo voy a querer coger con vos, mi amor. Va a ser lo único que hagamos. Coger hasta que te vuele la cabeza, hasta que te explote el corazón, hasta que para todos y cada uno de los hijos que te debo. Vas a ver, no tenés ni puta idea de quién soy. Te voy a hacer tan feliz que va a dolerte el alma.

ESCENA 4. UNO, DOS

Segunda campanada. A público.

JAB. Golpe básico, puñetazo rápido directo a la cara, al cuerpo o al corazón de tu contrincante. Se utiliza para medir la distancia y prepararlo o prepararla para recibir más golpes. El puño se lanza y el brazo está totalmente extendido y directo. Golpe más contundente que el Jab. Se realiza con rotación de cadera y de pie. El hombro sigue la línea de la cadera, se lanza el brazo. Impacta y vuelve con rapidez. Es un golpe que produce muchos K.O.

ESCENA 5. LAS CONSECUENCIAS

Cambia rotundamente de estado.

Van a decirte que es duro pero lindo, que es difícil pero compensa, que no se puede vivir de esto pero no podés dejarlo, que no tiene sentido pero te lo da. Es una droga. Dura pero sana. Si vos querés. Te salva. De vos misma, de los otros, del infierno. Van a decirte cualquier cosa para que te entregues, para que des todo, para poseerte. Van a repetir tantas veces las mismas frases que va a haber días en los que te parezca que son las únicas. Solo existen esas palabras en el mundo. Nadie dice otras. Vas a soñar esas frases, las vas a escuchar y a repetir cuando menos lo esperes. Van a convertirse en un zumbido constante, en la voz de dios. Y después, un día, una noche, de la nada, sin aviso, sin señal que valga, sin una pista que te anticipe el cambio, sin... De repente van a desaparecer. Va a volver el silencio. Vas a darte cuenta de que estás sola. Estás sola hace mucho tiempo, mucho. Esas voces estaban en tu cabeza nomás. Ellos no estaban ahí. Estuvieron. Sí. Quizá. Alguna vez. Durante un tiempo. Al comienzo del cuento. Cuando todo era lindo o fácil o posible. Después no. Se fueron tan discretamente que fue imposible darse cuenta. Cuando el silencio te agarre por la nuca como contrincante a traición, no podés dejar que te importe. No podés dejar que se te note, que el silencio inunde todo. Tenés que respirar. Contar hasta un millón. O dos. Respirar. Y apagarlo. Apagás el silencio.